

PERFIL DEL FILÓSOFO DE LA ILUSTRACIÓN FRANCESA (¿COMO EL PERFIL DEL FILÓSOFO LATINOAMERICANO?)¹

ALFONSO RODRÍGUEZ M.²

“El filósofo es un ‘Honnête Homme’ que quiere agradar y volverse útil”

Diderot

RESUMEN

El texto que sigue se dedica, casi en su totalidad, a describir los rasgos característicos de varios de los pensadores pertenecientes al siglo XVIII francés, época, movimiento, tendencia que ha sido denominada Filosofía de la Ilustración, Siglo de la luzes, Edad de la razón. Se trata aquí, principalmente, de mostrar el perfil de un tipo de filósofo considerado en su época como en contravía del tipo de filósofo que podemos llamar tradicional.

Palabras claves

Filosofía, ilustración, tradición, Latinoamérica, Europa

ABSTRACT

The following text, almost in its totality, attempts to describe the traits of several French thinkers that belonged to the XVIII century. That time, that movement, that tendency has been named the Philosophy of the Illustration, The Age of Enlightenment, The Age of Reason. Mainly, the text tries to present the profile of a type of philosopher that was considered, during his time, as an opposite of what we can call a traditional philosopher.

Key word.

Philosophy, Illustration, tradition, Latin-America, Europe

¹ El texto que sigue retoma una ponencia presentada en el Teatro Municipal Amira de la Rosa de la ciudad de Barranquilla con ocasión de la denominada “polémica filosófica”. La temática, como se recordará, se “tomó” en su momento revistas, suplementos, conversatorios, y ha sido, es, una de nuestras más recurrentes. Ensayos recientes de varios de nuestros escritores más reconocidos así lo indican: Fernández Retamar, Édouard Glissant, William Ospina.

² Docente adscrito a la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad del Atlántico y al Instituto de Estudios Superiores en Educación de la Universidad del Norte; miembro de los grupos de investigación “Gilkarí” y “Lenguaje y educación”; DEA y magíster en letras modernas de la Universidad de la Sorbonne Nouvelle (Paris III) y magíster en filosofía de la Universidad del Valle; autor o coautor de, entre otros: “De lo Caribe en la cuentística del Caribe colombiano”, Humano amor humana circunstancia, Diálogos de Sevilla, Filosofía política y diversidad cultural, Comprensión y competencias lectoras en estudiantes universitarios.

I

EL filósofo tradicional y el filósofo de la ilustración francesa

“El hombre no está en absoluto hecho para meditar sino para actuar” (J. J. Rousseau).

En un cuento del siglo XVIII francés, denominado “El escrúpulo”, del libro Cuentos Morales, publicado en la Antología del cuento en Francia (1750-1799), el “filósofo de la moderación”, François Marmontel, nos describe a un filósofo de la época. El texto narra la historia de una mujer recién enviudada que decide buscar a alguien para amarlo en forma durable. Conoce sucesivamente a un joven magistrado y a un caballero joven a quienes no logra amar realmente. En la vecindad conoce a un filósofo “maduro” de una sabiduría y prácticas particulares: vive seis meses en la ciudad y seis en el campo, confronta la teoría de los sabios con la experiencia de los labradores, contribuye al progreso de los sitios en donde está, afirma la imposibilidad de conocerse y propone dejarse guiar por el modo de vida de la naturaleza.

Estamos pues en el siglo XVIII, según el retrato literario de Marmontel y según lo planteado por los filósofos a los que nos referiremos enseguida, ante un pensador con características bien particulares. Se ha entendido en general por filósofo todo hombre que reflexiona sobre los grandes problemas metafísicos, el origen, la naturaleza eterna del hombre, el destino de los humanos, del mundo, de los seres ani-

mados o inanimados, quien, además, busca resolver estos problemas en un sistema coherente, sólido, universal. Digamos que ser filósofo en el sentido tradicional es ser un especialista de la teoría, de la abstracción. El filósofo del siglo XVIII francés, a diferencia del clásico, anterior o posterior, más bien condena la metafísica y se interesa casi que exclusivamente por problemas de tipo político, social o religioso, cuando no económicos o cotidianos. Así mismo, este filósofo precursor de la Revolución Francesa, a diferencia del filósofo tradicional, es, como veremos enseguida, un militante activo en favor de las ideas de su época: condena el absolutismo y el abuso de autoridad, ataca al racismo y a la arbitrariedad, escribe contra la tortura y la guerra, lucha contra el deísmo y la intolerancia religiosa...

Uno más que otro, es cierto, el filósofo de la Ilustración francesa, se interesa, ya, menos en comprender el universo que en modificarlo (para utilizar la fórmula posterior de Marx, y, aunque con discusiones internas a veces irreconciliables, asume positiva y optimistamente la modificación o la transformación del espacio específico en el cual vive con sus contemporáneos.

II

El filósofo francés del siglo XVIII

“Para hacer grandes cosas, no hay que ser un genio tan grande: No hay que estar encima de los hombres; hay que estar con ellos”, Montesquieu

Miremos el “Grito de guerra del partido filosófico” del siglo XVIII francés, según el filósofo, matemático y economista Condorcet (1734-1794): Razón, tolerancia, humanidad, expuesto en su Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano, de 1795.

Razón

“La razón determina al filósofo”
(Dumarsais)

A pesar de algunas excepciones -como los ateos y materialistas Maupertuis, La Mettrie, Helvetius, Holbach, Diderot-, los que se consideran hoy en día los filósofos más importantes del siglo XVIII francés -Montesquieu, Voltaire y aun Rousseau (unos más que otros)- oponen, a la fe tradicional, la razón y la experiencia como principios para el conocer, por lo que de hecho en vez de proponer teorías deístas o teológicas para explicar los fenómenos sociales utilizan, practican y popularizan, más bien, el prestigio de la ciencia humana.

Las reflexiones de estos pensadores sobre la sociedad y los gobiernos contribuyen a desmitificar la concepción del mundo que reinó hasta el siglo XVIII en Francia, aquella que, según Bossuet, por ejemplo, el rey era rey porque así lo había ordenado la Providencia; o aquella de Pascal, para quien los gobiernos se debían al azar y a las circunstancias.

Montesquieu, en cambio, en sus Consideraciones sobre causas de la grandeza de los romanos y de su decadencia, de 1734, habla de causas históricas, de la fuerza de las instituciones militares, de la extensión indomeñable del imperio, de su división, de la ausencia de disciplina. Ya no hay intervención providencial sino lo razonablemente humano y las leyes: “Hay causas generales -leemos en el citado ensayo-, ya sean morales o físicas que actúan en cada monarquía, la elevan, la mantienen o la precipitan; todos los accidentes están sometidos a esas causas [...] en una palabra, la marcha principal arrastra con ella todos los accidentes particulares “. Y en El espíritu de las Leyes señala: La ley, en general, es la razón humana, en la medida en que ella gobierna a todos los pueblos de la tierra; y las leyes políticas y civiles de cada nación no deben ser sino los casos particulares en los cuales se aplica la razón humana.

El mismo principio basado en la razón humana, no en la fe, podemos encontrar en su Espíritu de las leyes, en su discutida teoría de los climas y en su extendida teoría de la separación de los poderes. Este principio, retomado en los Derechos del Hombre y del ciudadano de 1789, como sabemos, es inherente a nuestras democracias parlamentarias: “Cuando en la misma persona o en el mismo cuerpo de la magistratura, el poder ejecutivo está unido al poder legislativo, no hay en absoluto libertad puesto que se puede temer que el mismo monarca o el mismo senado

haga leyes tiránicas para ejecutarlas tiránicamente.”

Lo mismo podemos decir de Voltaire con su Ensayo sobre las costumbres (1756) o su Siglo de Luis XIV (1752); y de Rousseau con su Discurso sobre la desigualdad entre los hombres (1755 y su Contrato Social (1762).

Voltaire plantea la existencia de un progreso humano, debido a las luces de la razón, aunque entrabado por las supersticiones y el fanatismo de los hombres.

Ninguno de los filósofos mencionados va tan lejos como J. J. Rousseau en la crítica a la vida social de la época, en las propuestas de reformas o formas de gobierno y en la relación gobierno-gobernado. En el Discurso sobre el origen de la desigualdad (1755), el ginebrino afirma que el principio de la corrupción moderna se encuentra en la propia institución social: Primeramente distingue desigualdad natural y desigualdad social, con lo cual deja claro que las diferencias sociales son acordadas, no se nace con ellas, ni vienen dictadas por la providencia; pero, sobre todo, pone en tela de juicio el principio de la propiedad privada, sobre el cual reposan las sociedades modernas, con lo que demuestra un enlace interno entre la opresión política y la injusticia social. En el Contrato Social sostiene que la honestidad política consiste en respetar la voluntad del pueblo y que los ciudadanos deben ser considerados como maestros de su destino. En el estado de naturaleza

los hombres son libres e iguales. Una buena constitución será aquella que en la medida de lo posible garantice la libertad y la igualdad.

Diderot, para muchos el pensador más osado de su tiempo, ateo, materialista, evolucionista, en su Carta sobre los ciegos para el uso de los que ven (1749) afirma que todo conocimiento viene de los sentidos. Según este autor, el orden del mundo no prueba la existencia de Dios: el mundo que vivimos, dice, está lejos de ser perfecto puesto que admite monstruos inadaptados a él, como los ciegos: “Es muy importante no tomar cicuta en lugar de perejil –sostiene- pero de ninguna manera creer o no creer en Dios”.

Se trata pues de pensadores para quienes las explicaciones a los fenómenos políticos y sociales pasan por la razón no por la fe. Un segundo componente de ese coro, según Condorcet, es la tolerancia.

Tolerancia

“Solamente el malo está solo”
(Diderot)

Hay que ser tolerantes con los otros en materia de religión: ese es uno de los principios que más defendió Montesquieu y en favor del cual militó más Voltaire, entre otros.

Montesquieu considera a la tolerancia como uno de los principios necesarios para que un estado viva en armonía. Debe haber, para ello, separación entre

iglesia y estado; y todos los practicantes de las religiones se deben respetar y aceptar recíprocamente. Según El espíritu..., es necesario que esas leyes obliguen a las religiones a tolerarse entre ellas mismas. Para Montesquieu, toda religión que es oprimida, se convierte, a su vez, en opresora si por algún azar puede salir de la opresión. Por ello es útil que las leyes exijan a esas diversas religiones, no solamente no molestar al Estado, sino no molestar entre ellas.

En este sentido Voltaire en su Tratado sobre la Tolerancia (1763) sostiene: No sólo es cruel perseguir en esta corta vida a aquellos que no piensan como nosotros, sino que yo no sé si es osado pronunciar su condena eterna.

Humanismo práctico, militante, optimista

“El hombre es el término único de donde es necesario partir, al cual hay que llevar todo” (Diderot)

Sin que todos hayan sido exactamente como el filósofo descrito por Marмонтel en “El Escrúpulo”, diremos que los llamados filósofos de la Ilustración o escribieron o actuaron en favor de aquellas personas que sufrían arbitrariedades, eran perseguidas o padecían por la intolerancia. Todos escribieron, sin duda, intentando proveer los medios que conduzcan a la felicidad humana. De los mencionados casi todos sufrieron persecuciones, encarcelamiento, exilios, a causa de sus obras o de sus acciones (Voltaire, Diderot,

Rousseau). Son los precursores de los futuros “Escritores comprometidos”, como diría Sartre.

Esta “Humanidad”, como decía Condorcet, “Humanismo” como diríamos nosotros hoy, hace que en más de uno de estos filósofos haya abundancia de reflexiones positivas, en el sentido de optimistas; sobre todo contra pensadores anteriores que se distinguían por el pesimismo y el misticismo. Contra esas actitudes de Pascal es el texto de la siguiente carta filosófica de Voltaire: “Para mí cuando miro París o Londres, no veo ninguna razón para entrar en el desespero de que habla el Sr. Pascal. Veo una ciudad que no se parece en nada a una isla desierta, sino poblada, opulenta, bien organizada y en donde los hombres son felices tanto como la naturaleza humana lo permite (Cartas Filosóficas o Inglesas, 1734).

Quizás el secreto para este humanismo nos lo da Montesquieu en sus Cuadernos: “Para hacer grandes cosas, no hay que ser un genio tan grande: No hay que estar encima de los hombres; hay que estar con ellos”.

Vistos los “Gritos de guerra” de los filósofos franceses del XVIII, según Condorcet, veamos ahora dos gritos o rasgos complementarios que permitirían construir el perfil completo de los mencionados pensadores.

Un rasgo que se puede considerar una prolongación del principio de Humanidad evocado por Condorcet para caracterizar al filósofo francés de la Revolución, y, de todas maneras,

línea importante dentro del perfil que intentamos esbozar aquí, lo constituye la experimentación en el sentido de la práctica experimental, investigativa, científica, para deducir conocimiento.

Sabemos que Montesquieu relata en su *Espíritu de las Leyes* que la conclusión sobre la teoría de los climas a la que llegó le fue dictada por los estudios que hizo en la piel de animales. Sabemos que en su juventud redactó para la Academia de Burdeos, de la cual era miembro, las monografías *Sobre las causas del eco*, *Sobre el uso de las glándulas renales* y *Sobre el flujo y el reflujó del mar*. Voltaire, por su parte, desarrolla experiencias de física y observación astronómica en el laboratorio de Mme. Chatelet, una aristócrata interesada en la ciencia. Diderot, lo sabemos, practicó álgebra y mecánica. Recordamos finalmente que Rousseau, niño carpintero, cuando se escapa de París, se basa en sus conocimientos instrumentales y musicales para elaborar un nuevo sistema de notación cifrada. (Este sistema, con el que componía y notaba, que ensayó y trató de perfeccionar, no se utiliza hoy al parecer por muy complicado).

En cuanto a la militancia en favor de las ideas en las cuales creían, el campeón de todos ellos es sin duda Voltaire, aunque, como sabemos, tanto Diderot como Rousseau estuvieron presos o debieron exiliarse por sus ideas escritas y sus acciones públicas. Sabemos, además, de la gran militancia de Diderot para llevar a cabo la “*Tentativa de un siglo filosófico*”, como

llamaba a *La Enciclopedia*, clausurada cierto tiempo. Gracias a los escritos y panfletos de Voltaire, quien llegó a albergar en su castillo prácticamente a todos los perseguidos por razones religiosas de su época, se hizo justicia en más de un caso. Por la militancia en favor la justicia social, el humor, la alegría con la que ejercía, Barthes lo llamó “el último escritor feliz”. El motivo: Nadie mejor que él dio al combate de la Razón el cariz de una fiesta. Todo era espectáculo en sus batallas: el nombre del adversario, siempre ridículo; la doctrina combatida, reducida a una proposición. Ningún momento ha ayudado mejor al escritor, o le ha dado más la certeza de luchar por una causa justa, natural. El escritor estaba del mismo lado de la historia. Voltaire fue un escritor feliz, pero –según Barthes- fue sin duda el último.

En ese artículo de los *Ensayos Críticos*, Barthes, asimismo, lamenta que después del siglo XVIII (inclusive desde Rousseau) no se haya levantado nadie para “estar del mismo lado de la historia”, escribiendo y militando, feliz y humorísticamente, en favor de un sector social golpeado. “¿Qué tenemos hoy de común con Voltaire? –se lamenta Barthes en el mencionado ensayo- Del 39 al 45: 6 millones de hombres murieron torturados, mas no hemos tenido un solo panfleto”.

Habría que preguntarse hoy en día si tal afirmación es cierta en el caso de Francia; además si la mejor forma de lucha contra un hecho como ese, sea, definitivamente, un panfleto. Y, sobre

todo, si lo que él afirma sobre Francia se aplica al resto del mundo, en especial, a América latina y el Caribe.

III

¿Conclusión Latinoamericana ?

“Como americanos, tenemos una serie de problemas que sólo se dan en nuestra circunstancia y que por lo tanto sólo nosotros podemos resolver. El planteamiento de tales problemas no amenguará el carácter filosófico de nuestra filosofía; porque la filosofía trata de resolver los problemas que se plantean al hombre en su existencia”. (Leopoldo Zea, *En torno a una filosofía americana*, 1948-1983)

No se pueden esperar de nosotros grandes sistemas totalizadores, pero en cambio se pueden esperar filosofías estéticas, donde el ritmo y la armonía tengan tanta importancia como las hipótesis mismas, como el rigor de los argumentos”, (William Ospina, *América mestiza*, 2004)

Parece que este perfil del filósofo de la Ilustración francesa tiene varios rasgos en común con mucha de la producción de nuestros más grandes pensadores, a lo que podemos agregar una preocupación constante que la atraviesa, quizás debido a circunstancias históricas comunes y a rasgos diferenciadores en ambas expresiones filosóficas. Al menos en este sentido coinciden varios de nuestros más reconocidos estudiosos de nuestro pensamiento latinoamericano y caribe. Germán

Marquines, por ejemplo, en su Filosofía en perspectiva latinoamericana, nos dice en esta línea: “los grandes temas de nuestro filosofar arrancarán de la alienación, la praxis y la libertad, y nos conducirán a un replanteamiento de realidades culturales específicas: la religión, la literatura, la historia, la política, la cultura [...]”. Sabemos que en esta óptica encontramos los escritos de Bolívar, Martí, Rodó, Zea, Césaire, Glissant, Benítez-Rojo, Ospina...: filosofía desde la razón, combate por la libertad, la tolerancia, las equidades; y el aguijón de la reflexión acerca de la identidad propia que atraviesa toda esa militancia humanista y frecuentemente optimista.

Esto puede ser debido a las circunstancias parecidas que enmarcan la situación latinoamericana con la francesa del siglo XVIII: inequidad social atroz, necesidad de luchar contra los absolutismos y las intolerancias de todo tipo, búsqueda de una felicidad terrena.

Según diversos autores (Navia, “La formación universitaria en filosofía a partir de algunos rasgos de la filosofía contemporánea”), esta filosofía (política) latinoamericana, simplemente una de las varias ramas que componen la filosofía, como la metafísica, la lógica o la filosofía de las ciencias, se plantea para nosotros -después del aislamiento social y la campana de cristal de la filosofía analítica, por ejemplo- como una necesidad, una tarea imperativa, un deber. Con ello contribuiríamos al papel de crítica social que histórica-

mente ha tenido la filosofía desde sus orígenes en occidente.

Esto plantea diversas problemáticas: ¿confianza total en la razón?, ¿liberación desde el cristianismo?, ¿Europa sin problema identitario? –temáticas abiertas para próximas discusiones.

Bibliografía

Atlas universal de filosofía. Manual didáctico de autores, textos, escuelas y conceptos filosóficos. Barcelona, Grupo Océano, 2004

Chassang, A., et Sennenger, Ch., *Recueil de textes littéraires français, XVIIIe. siècle*, Paris, Hachette, 1980.

Condorcet, marqués de, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, edición de A. Torres del M. y M. Suárez, Madrid, Eitora Nacional, 1980 [1795].

González, José Luis, ed., *Temas de ética latinoamericana*, Bogotá, El Búho, 1999 (1981), 140 p.

Gracia, Jorge J.E. y Jaksic, Iván, comps., *Filosofía e identidad cultural en América Latina*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1983, 450 p.

Lagarde, André et Michard, Laurent, *Les grands auteurs français du programme. XVIIIe. siècle*, Paris, Bordas, 1980, 420 p.

López L., Virgilio, ed., *Revolución, letras, arte, Ciudad de La Habana*, Editorial Letras Cubanas, 2ª. Edición, 1980, 613 p.

Marmontel, Jean-François, « Le scrupule », en: Martin, Angus, *Anthologie*

du conte en France (1750-1799). *Philosophes et cœurs sensibles*, Paris, Union Générale d'Éditions, 450 p.

Navia, Ricardo, “La formación universitaria en filosofía a partir de algunos rasgos de la filosofía contemporánea”, en: Germán Vargas G. y Luz Cárdenas M. eds., *Filosofía, pedagogía y enseñanza de la filosofía*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, 2004., p. 245-259.

Paredes, Alberto, *El estilo es la idea. Ensayo literario hispanoamericano del siglo XX (Antología crítica)*, México, Siglo XXI, 2008, 532 p.

Skirius, John, comp., *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*, 4ª. Edición, 1997, 635 p.

Zea, Leopoldo y Mogollón, Mario, comps., *Latinoamérica encrucijada de culturas*, México, Instituto Panamericano de Geografía-Fondo de Cultura Económica, 161 p.

Zea, Leopoldo, “En torno a una filosofía americana”, en: Jorge J. E. Gracia y C. Iván, eds., *Filosofía e identidad cultural en América Latina*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1983.

Zea, Leopoldo, comp., *Fuentes de la cultura latinoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 3 tomos.